



REVISTA TIPO-LITOGRAFICA DE EDUCACION Y RECREO
 ESCRITA POR
 NUESTROS PRIMEROS LITERATOS.

NICOLAS GONZALEZ, EDITOR, SILVA, 12, MADRID.—2 RS. AL MES.—NÚMERO SUELTO, 50 CÉNTS.

EL FONÓGRAFO

Para quien no medita sobre los objetos que se ofrecen á su consideracion, es muy difícil ó imposible apreciar el estado en que el mundo se encontraba antes que la inteligencia y la habilidad del hombre trasformaran las tristes condiciones en que éste se viera, al aparecer sobre este valle de lágrimas. Mas todo el que reflexiona y estudia los lentos progresos que la humanidad ha realizado, no solamente admira y celebra los de anteriores generaciones, sino que valora y mide los descubrimientos y las invenciones de su propio siglo.

Entre los de nuestros contemporáneos, ocupan indudablemente el primer lugar el *teléfono* y el *fonógrafo*. Del primero tienen ya noticias nuestros lectores; del segundo, verdadero hijo de aquel, vamos á dar ligera idea, que completarán los grabados de las páginas 180, 181 y 184 de este número.

Grande fué el adelanto conseguido al dar cuerpo y fijeza á «la palabra fugaz que antes huía,» como dijo nuestro gran poeta D. José Quintana; inmensas las ventajas de poder transmitir las ideas, los sentimientos y los deseos á las personas de quienes nos separa la distancia y á los seres que

han de sucedernos, andando los días; singular la trascendencia de ese portentoso invento, llamado *telégrafo*, que en brevísimos instantes nos pone en comunicacion con los más lejanos puntos del globo y nos dá á conocer todos los hechos que en esta humana morada se cumplen; pero aún es mayor la importancia del *teléfono*, que nos trasmite la voz de las personas ausentes, y viene á comunicar animacion y calor á la conversacion telegráfica, cual si los interlocutores se hallasen frente á frente, y pudieran contemplar mutuamente sus rostros impresionados por las frases del diálogo: y sin embargo, á todos estos recursos y aparatos excede en alcance el *fonógrafo*, siquiera sea únicamente la más portentosa de las aplicaciones á que el *teléfono* estaba llamado.

El objeto del nuevo aparato es reproducir las frases y los discursos, de tal suerte, que mucho tiempo despues de pronunciados se puedan oír cual si nuevamente se pronunciaran. De este modo las generaciones venideras conocerán, no solo las ideas y pensamientos de los hombres que hoy viven, sino el timbre de la voz, la energía de su acento, la entonacion de sus períodos, y esos mil y mil matices de la palabra,

en que el espíritu muestra sus arrebatos, sus esperanzas, sus recelos y sus temores. Si este descubrimiento hubiese sido utilizado por los antiguos, hoy podríamos escuchar á los inspirados profetas, á los poetas griegos, á los oradores romanos, á los elocuentes apóstoles y á todos los que hubieran querido eternizar, por decirlo así, el eco de sus exclamaciones. Hay más; apreciaríamos exactamente el ritmo musical de esas lenguas muertas, cuya verdadera pronunciación desconocemos, y no nos extrañaría el saber que en Atenas y Roma las peroraciones de los tribunos alucinaban á la multitud y se enseñoreaban de los corazones.

Y sin embargo, el instrumento á que nos referimos es sumamente sencillo y fácil de manejar. Compónese, según aparece en el grabado número 1, de un simple cilindro de cobre colocado horizontalmente, cuya superficie tiene un surco ó ranura en espiral. Gracias al movimiento que se imprime al manubrio del eje en que se sustenta el cilindro, se consigue que todos los puntos de la ranura pasen rozando por una punta metálica colocada en el extremo de un porta-voz, ó sea en la placa de un teléfono. Las vibraciones de esta se comunican al punzon, y este va marcando en la ranura líneas ó puntos más ó menos profundos y adecuados á los sonidos que ha de representar. El uso del aparato es, por lo tanto, sumamente cómodo. Colócase el operador delante de él, introduce los labios en el embudo del teléfono, pronuncia con energía las frases que pretenda transcribir, y moviendo el eje con la mano logra que estas queden misteriosamente escritas en la espiral. La viñeta señalada con el núm. 2 da una idea exacta de esta sencilla operación.

Una vez preparado el cilindro, para escuchar las frases pronunciadas delante de él y en la forma prescrita, aplícase el oído al porta-voz, y se mueve el manubrio al propio tiempo, de tal suerte que el punzon recorra nuevamente la espiral, cuidando de que la rapidez del giro no amontone y confunda los sonidos.

En esta operación, indicada en el grabado núm. 3, los sonidos se repiten con cierta oscuridad, que reclamaba gran atención de parte del oyente, antes de que fuera modificado y perfeccionado el fonógrafo

de M. Edisson. Afortunadamente, á partir del 4 de Marzo, día en que fué comunicado el descubrimiento á la Academia de ciencias de París, se ha mejorado extraordinariamente, y en la actualidad se reproducen los sonidos con toda claridad y vigor, se trasladan sin grandes esfuerzos, gracias á unos aparatos de electricidad que aumentan la energía de las corrientes, y se mueven los fonógrafos por medio de un aparato de relojería, de una manera regular y uniforme. Cuáles sean las aplicaciones futuras de esta maravillosa invención, fácil es colegirlo por lo que hemos indicado: ocioso sería estendernos en consideraciones más minuciosas y detalladas.

B. F. M.

VARIEDADES.

FERNANDO DE MAGALLANES

Y SU VIAJE AL REDEDOR DEL MUNDO.

Fernando de Magallanes, nació en la Ciudad de Oporto (Portugal), el año 1470. Descendiente de una familia noble, abrazó la carrera de las armas. Tomó parte en las primeras expediciones á la India, y se encontró en 1511 en la toma de Malaca. Las noticias que trajo á Europa acerca de los mares orientales y de sus ricas archipiélagos, fueron sin duda los primeros gérmenes de su futura empresa. Según acontece con frecuencia á los hombres de genio y actividad, tropezó cerca del soberano con la envidia de los intrigantes; abandonó á Portugal y se trasladó á Sevilla, donde le atraía el carácter enérgico del gobierno de Carlos V, en sus primeros albores, en 1517.

Dos años antes se había verificado la última tentativa española para encontrar el paso del Sur, que debería abrir la ruta directa á las Molucas, tentativa desgraciada por la muerte de Diaz de Solís á orillas del río de la Plata. Magallanes se propuso renovarla. El éxito le paró

infalible; su palabra expresaba la firmeza del convencimiento; poseía además grandes conocimientos náuticos, y su oferta fue aceptada.

Su calidad de extranjero le suscitó como á Colón, maquinaciones y trabajos de zapa de aquellos que tienen siempre por locos á los que explican lo que ellos por sus escasos conocimientos científicos no comprenden; pero fuerte, con el decidido apoyo del soberano, los venció despreciándolos. Le concedieron cinco buques: en pocos meses fueron terminados los preparativos, y marinos prácticos conjuraron las tripulaciones. El 20 de Setiembre de 1519 la escuadrilla se hizo á la vela en Sanlúcar de Barrameda, puerto de Andalucía á la desembocadura del Guadalquivir: el 13 de Diciembre se achaba el ancla en la hermosa bahía de Rio Janeiro, y el 21 á la entrada del río de la Plata.

Desde este punto empezó Magallanes una seria y exorruptora exploración de la costa, á fin de no dejar sin registrar ninguna abertura que pudiera ser la entrada de un estrecho.

Fasi obrando, llegó á principios de Abril de 1520 á una ensenada cómoda y espaciosa, á los 50.º de latitud próximamente; la puso el nombre de puerto de San Julian, que hoy conserva, y resolvió pasar en él el invierno, excesivamente riguroso de Mayo á Setiembre, en aquellas latitudes australes.

En el puerto de San Julian se entablaron por primera vez relaciones con las tribus salvajes de aquellas extremos del continente americano. Eran hombres vigorosos y de buena estatura, pero por esa predisposición á aceptar lo maravilloso y la

exageración tan comunes á los primeros viajeros, los marineros de la flotilla los consideraron como seres de talla gigantesca.

Aquellos naturales se envolvían los pies y las piernas, con pieles de animales silvestres, que imprimían sobre la arena huellas enormes, y de esto procede el nombre de patagones con que los bautizó Magallanes. Solo en nuestros días ha podido rectificarse con exactitud la preocupación, casi popular, de la talla de tales gentes.

Los expedicionarios salieron del puerto de San Julian en la segunda quincena de Octubre, dedicándose de nuevo al examen de la costa. Esta vez el trayecto no fue largo. El 21 á las 52.º de latitud austral, se encontraron á la entrada de un paraje que hizo estremecer de gozo y jubilo el corazón de Magallanes: era, en efecto, el estrecho que ha inmortalizado el nombre del gran navegante.

Toda la tripulación desconfiaba de que aquella entrada pudiese ser la de un estrecho, que tuviese salida al Oeste, y á no ser por los grandes conocimientos del general, ni se hubiesen tomado el trabajo de averiguarlo. Magallanes no quiso fiar nada al acaso. Destacó á la descubierta dos de sus buques y esperó su regreso.

Pasados dos días, volvieron estos, demostrando sus tripulantes la más viva alegría, lo que habían visto de la extensión del paso, y sobre todo de la dirección de la corriente, destruída toda duda; no cabía la vacilación, era un brazo de mar.

(Se concluirá.)

LA PROCESION DEL CÓRPU

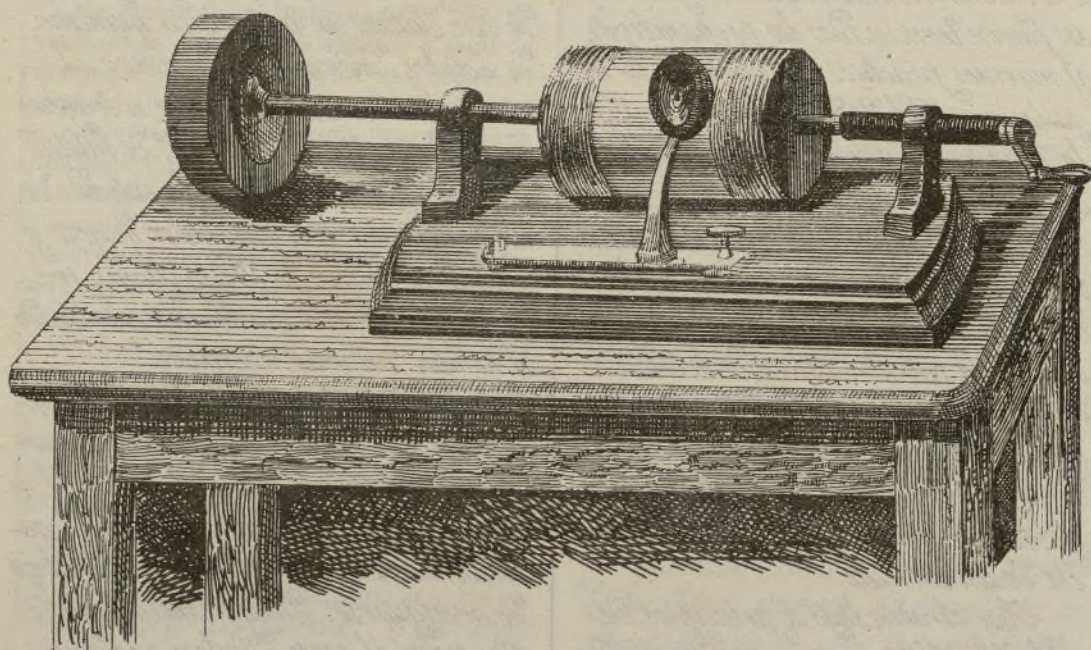
Conclusion (1)

A estas palabras de la niña volvió la cabeza Enrique, y al ver á su sobrina, á la que tanto quería por haber sido el ángel consolador de su madre ciega, cogida de la mano de su cuñada, olvidó, en gracia al cariño que la inspiraba la hija, el resentimiento que sentía por la madre, y se acercó á abrazarla cordialmente, recibiendo en premio una tierna mirada de los dul-

(1) Véase la pág. 176.

císimos y azules ojos de Conchita, cuya clara inteligencia, cuyo amante corazón, la guiaban para conducir satisfactoriamente el desarrollo de aquel pequeño drama de familia, cuyos escollos iba evitando su prevision infantil.

La anciana ciega, que habia salido de su casa á la procesion del Córpus medio á escondidas, y guiada por la débil mano de su nieta, volvió á ella apoyada en el fuerte brazo de su hijo, sin soltar por eso la adorada mano de la niña, rodeada de las atenciones de su otro hijo y de su nuera, de las



El fonógrafo de M. Edison.—Número 1.

felicitaciones de sus parientes y amigos, seguida de sus nietos, de los criados, del asistente de Enrique que conducía á los dos caballos y del pueblo todo, que les veía desfilar con tanta curiosidad y regocijo como á la procesion que momentos antes entrara en la iglesia.

Reunidos en aquella misma espaciosa sala, en que la familia del alcalde se preparó á marchar á la procesion, dejando abandonada y sola á la pobre abuelita ciega, sentada en su ancho sillón, que estaba puesto en el rincón más lejano, los niños rodeaban

á su tío, queriendo en su curiosidad impaciente jugar con las honrosas cruces que adornaban su pecho; el alcalde ponía en una mesa el sombrero y el bastón, símbolo de su autoridad; la alcaldesa se desprendía su mantilla de blondas, que recogía la criada; el asistente quitaba las espuelas al oficial, y Conchita, despues de despojar á su abuela de la mantilla y el pañuelo, y dejar ella su sombrero, sus guantes y su abanico, la llevó á su sillón, y sentándose en sus rodillas y abrazándola tiernamente, la dijo al oído:

—¡Qué dichosa eres teniendo un hijo tan guapo y tan bueno, y que tanto te quiere! ya no me estraña lo que has llorado por él.

La abrazó á su vez la anciana, y besándola en la frente la contestó:

—¡Hija mia! ¡bendito sea Dios! que te dió el pensamiento de llevarme contigo á la procesion, porque si mi Enrique me hubiera hallado en casa sola, no lo hubiera olvidado nunca. Ahora yo espero que viviremos todos en paz.

—Sí, sí, abuelita; ya verás cómo yo ha-

go que mi tio Enrique nos quiera á todós mucho.

Y la niña volvió á abrazar á su abuela, conspirando tiernamente con ella para acabar con las disensiones de la familia y para que la union y la cordialidad reinaran en aquella casa, donde la prosperidad, la bondad, la juventud y la belleza tenían su asiento.

Enrique, que hacía cinco años que no gozaba más que las ruidosas alegrías del mundo, se sentía encantado de las tiernas



El fonógrafo de M. Edison.—Número 2.

que la familia le proporcionaba, y no sabia desprenderse de sus dos sobrinitos, que subidos en sus rodillas se habian por completo apoderado de él, y con las manitas tan gordas y tan llenas de hoyuelos, y con las deditos de rosa, movían sus cruces, pellizcaban sus estrellas, tiraban de sus botones, y hasta querian sacar de la vaina su brillante sable.

La algazara de los niños llenaba de ruido y alegría la sala, como el gorjeo de los pájaros un hermoso bosque.

Puso la alcaldesa en el suelo á sus hijos para que no molestaran al oficial, que sin su intervencion no hubiera sabido sustraerse á tan dulce tiranía, y Enrique se acercó á Conchita y á su madre, sentándose al lado de ésta y poniéndose á contemplar á su hermosa sobrina, que al acercarse él, se bajó discretamente de la falda de su abuela donde estaba sentada, porque aquella postura descubria hasta más de la mitad su redonda pierna, y la niña sentia ya des-
puntar en ella el más poderoso atractivo, la

primera salvaguardia de la mujer, el pudor, que es su mayor defensa y su más seguro guia.

—Madre, dijo Enrique cogiendo en las suyas las manos de la ciega, ¿no es verdad que Conchita será muy hermosa á los quince años?

—Muy hermosa, muy buena y muy discreta, dijo con orgullo la abuela.

—¿Y crees tú Conchita que dentro de cinco años estaré yo muy viejo?

—¡Viejo! saltó la niña, mirando con infantil curiosidad á su tío, y sin adivinar el alcance de sus palabras.

—Sí. Dentro de cinco años tendré yo treinta y tú quince, y podríamos casarnos.

Rióse de pronto Conchita al oír las palabras de su tío; mas al notar la seriedad con que él hablaba, se puso más encarnada que una amapola, yendo á ocultar su cara en el seno de su abuela, que dijo toda regocijada:

—¡Qué feliz sería yo si viera unidos á los dos seres que más quiero en este mundo!

Acercóse á ellos el alcalde, que deseaba á toda costa reconciliarse con su hermano, y éste, mitad en broma, mitad en serio, le dijo que él pensaba seguir la carrera militar, si bien en la Península, para donde habia pedido traslado, que se quedara él administrando su herencia, y que si á Conchita no le parecia muy feo y muy viejo, que se casaria con ella cuando tuviera quince años.

La niña por toda respuesta se abrazó á su abuela diciendo:

—Desde hoy te he de querer como si fueras mi madre.

De este modo la hermosa Conchita, con su gracia, su bondad y su discrecion, fué el iris de paz de aquella familia, á la que amenazaban tan serios disturbios

RAFAEL LUNA.

CORRESPONDENCIA DE LOS NIÑOS

Luz á Enriqueta.

No sabes, mi querida Enriqueta, no sabes cuánto te echo de ménos, en casa, en el paseo, y sobre todo en el colegio, donde pasábamos juntas casi todo el dia.

En tanto que tú me tendrás casi olvidada entre los jardines y alamedas de tu quinta de Carabanchel, yo no te olvido un mo-

mento, consolándome con escribirte cada dos dias, y soñando con el momento de recibir tus cartas ¡una vez por semana! ¡una sola vez!

Aquí han estado todas las niñas muy entusiasmadas con las ferias, y á pesar de que no tenia yo mucha ilusion estando tú fuera de Madrid, mamá me llevó la otra tarde, haciéndome subir al tram-vía, que va desde la Puerta del Sol hasta la fuente de la Cibeles.

¡El tram-vía! ¡recuerdas cuánto nos divertia subir en él para ir en las noches de verano al circo de Recoletos?

¡Es muy hermoso eso de viajar en tram-vía! aquel movimiento rápido é igual, aquellos semblantes que se renuevan cada vez que el timbre nos avisa la llegada de un nuevo viajero, todo eso encanta y divierte, principalmente cuando se viaja al lado de una amiga á quien podemos comunicar todas nuestras impresiones.

En el viaje á las ferias, á más de echarte de ménos á mi lado, ocurrió un incidente que, lejos de distraerme, me ha causado un verdadero disgusto, pues yo quisiera que las niñas diéramos en todas partes el ejemplo de la mayor cortesía.

Cinco éramos tan solo los viajeros que ocupábamos el tram-vía. Una elegante señora con su hija, preciosa niña de unos nueve á diez años; un caballero grueso, que leía tranquilo *La Correspondencia*; mi mamá y yo.

El caballero continuaba leyendo, la mamá de la niña callaba y la niña me iba llamando la atencion en voz baja acerca de la rapidez con que pasaban ante nuestros ojos los árboles que esmaltan las dos aceras de la magnífica calle de Alcalá.

De repente la preciosa niña rubia, que no cesaba de moverse en su asiento de una manera poco decorosa, se levantó, encarándose con el caballero que leía, y mirándole con el mayor descaro, dijo:

—¡Mamá! ¿has visto en tu vida un hombre más feo? ¡Sobre un cuerpo tan grueso, un cuello tan delgado como el de un estornino!

Mi mamá, al oír semejante grosería, se cubrió la cara con el abanico; yo estaba roja como una cereza, como el dia en que me sorprendieron goloseando la fuente de natillas... ¿y la mamá de la niña desver-

gonzada? ¡Ah! la pobre señora causaba lástima, y después de balbucear algunas frases que nadie pudo entender, tomó á su hija por el brazo, arrastrándola fuera del tranvía, á riesgo de haber sufrido ambas una horrible caída.

¡Ay, Enriqueta mía! ¡qué fea me pareció entonces aquella niña de rostro sonrosado y cabellos de oro! ¡qué bien dice nuestra directora, que las niñas, antes de pronunciar una palabra, deben pensarla siete veces!

¡Cómo se conoce que esa pobre niña *rica* no tiene como nosotras LA ILUSTRACION DE LA INFANCIA!

Si ella leyera nuestro periódico, hubiese aprendido en aquellos preciosos cuentos, en aquellos ejemplos, los deberes de las niñas cuando se presentan en sociedad, y no hubiera puesto en evidencia su completa ignorancia de todas las reglas de buena educación, ni hubiera puesto en ridículo á su hermosa mamá, en cuyos ojos brillaban lágrimas de vergüenza.

Mamá me llama para repasar mi lección de piano, y me veo obligada á dejar para otro día la descripción de las ferias, de las que tengo mucho que contarte.

Adios; te abraza con todo el alma tu mejor amiga

Luz.

CORONA DE LA INFANCIA

Continuación (1).

—¡Bah! ¿por qué?

—¿Te gustaria que alguno se riese de tu padre?

—¡Eso no!

—Pues bien, nuestro anciano maestro es un segundo padre para nosotros. Además, si á sus ojos falta la vista, es porque la ha perdido á fuerza de estudiar por adquirir esa ciencia que nos trasmite á nosotros hoy; y si su cuerpo se inclina, es, Juanito, porque el peso del trabajo y los años le obligan á ello. Esto debía ser un motivo más de respeto para nosotros, pues la vejez siempre es venerable.

—Tú hablas así porque jamás te castiga, pero yo...

—¿Quieres hacer una cosa y te pasará lo mismo, y jamás recibirás una palmeta?

(1) Véase la pág. 167.

—¡Oh! sí.

—Pues bien, estudia tus lecciones, sé dócil y obediente, y así llegarás á ser un niño digno de elogio y no de reprensión.

—Has dicho muy bien, Carlitos, murmuró el maestro, á quien los niños no habían visto cerca de sí: has dicho muy bien, y además de cumplir un deber sagrado conmigo hoy, has practicado una de las obras de misericordia, dando un buen consejo á quien en verdad mucho lo há menester.

XXI.

ESPLICACION DE LOS MANDAMIENTOS.

—No llores, María, no llores; la directora te va á oír.

—¿Que no llore, y me ha dicho que es preciso que aprenda los mandamientos, y todavía no los sé?

—Estúdialos, y los aprenderás de memoria.

—Si me ha dicho que esto no basta, que es necesario que se los explique.

—Entonces...

—No sé qué hacer.

—Ni yo puedo decírtelo, porque lo ignoro también.

—Bien, dijo la directora apareciendo: yo, que estoy obligada á enseñaros lo que ignoreis, voy á satisfacer vuestros deseos, de modo que comprendais bien los mandamientos de la ley de Dios.

Oid, hijas mías, exclamó colocándose en medio de aquel grupo de niñas que iban á recibir sus lecciones y sus consejos: acercáos á mí, y oidme bien.

Yo estoy encargada por vuestros padres de vuestra educación, y la base más segura de ella son los principios fijos de nuestra santa religion. De nada os servirían todos los adelantos del poder humano, si os faltase el conocimiento de Dios. El más sabio, el más ilustrado se puede perder para siempre, si no sabe la ciencia de servir y de amar al Sumo Hacedor; el más ignorante, el más rústico se salvará, si conoce sus deberes religiosos, y los practica con un corazón sencillo y recto.

Dios, el más sabio de los legisladores, quiso dar á su pueblo escogido sus santos y admirables preceptos, y desde la cumbre del Sinaí, lanzó su voz entre el fragor del trueno y el eco de los vientos, y dejó oír á Moi-

sés los mandatos de la nueva ley, á cuyo amparo la raza humana puede hallar entre el desierto de la vida la sola senda que conduce al cielo.

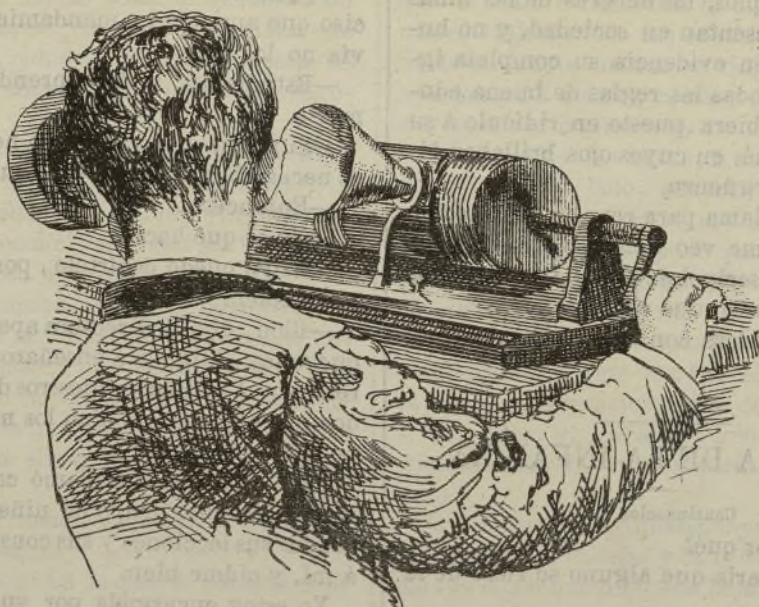
Esta ley, estos mandamientos formulados por los labios de un Dios, encierran tesoros sin fin de felicidad, de paz y de amor, que no solo nos unirían á Él, sino que trocarían á los hombres en hermanos y les darían la felicidad si los cumpliésemos exactamente.

Para que lo comprendais bien, para que en vuestras tiernas inteligencias queden

grabados para siempre, yo os los explicaré, valiéndome para ello de ejemplos que os impresionen y de los cuales será el primero

Amar á Dios sobre todas las cosas.

Vivia en Madrid, en una de sus calles más céntricas, y en el piso principal de una magnífica casa, una familia muy rica, compuesta de dos jóvenes casi niñas, pues la mayor contaba diez y seis años y la menor doce; y de su padre, que cifraba en ellas todo su orgullo y todo su amor sobre la



El fonógrafo de M. Edison.—Número 3.

tierra, puesto que viudo hacía seis años, no tenía más familia ni más afectos que sus hijas.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

CHARADA

Se *prima* y *segunda* miel,
cuarta y *prima* es el caballo
cuando tener no consigue
el volumen ordinario.
Si estas se invierten expresan
el recinto donde guardo
alhajas, libros y ropas

y los objetos más varios.

Cuarta y *tercera* es vasija
tosca por demás, y acaso
se construye con la tierra
que *tercia* y *cuarta* llamamos.

La ropa *tercia* y *segunda*
no luce; y *segunda* y *cuatro*
la carnes el cortador
y al enemigo el soldado.

Prima tres es un vehículo
muy usual y ya anticuado,
y el *todo* pueblo de España
por su nombre un poco raro.

(La solución en uno de los próximos números.)

Madrid: Imprenta y Litografía de N. Gonzalez, Silva, 12.